

El problema del objeto de la representación en la democracia pluralista*

CHANTAL MILLON-DELSOL

La época actual se caracteriza por una sensación de anulación de la política o, para decirlo en otros términos, por el deseo de suprimir la política. Uno podría, por ejemplo, dedicarse a describir los artificios a través de los cuales nuestros contemporáneos intentan reemplazar la política por el derecho, la moral o la ciencia. Las ideologías del siglo XX intentaron suprimir la política como gobierno, es decir, abolir definitivamente el enfrentamiento entre la autoridad y la obediencia. La que en la actualidad se encuentra amenazada es ante todo la política democrática heredada de Aristóteles, entendida como "arte de gobernar a los hombres libres".

Esta amenaza se expresa a través de un fenómeno significativo: la desviación del objeto de la representación. En estas páginas quiero intentar mostrar cómo el deslizamiento del objeto de la representación en la democracia pluralista contemporánea suprime el pluralismo y amenaza la misma democracia en contra de la voluntad de sus actores.

La política, como actividad específica diferente a la científica o la artística, aspira en principio a garantizar la conservación de la sociedad y las condiciones de su bienestar. El problema que queda por concretar radica en precisar en qué consiste y quién define el bienestar. Históricamente, la mayoría de los gobiernos en el mundo conservan una imagen de la prosperidad social heredada de la religión y, de modo más, corriente de la cultura. Para cada pueblo esta imagen es única y no admite discusión aun cuando difiera de la de los otros.

La democracia pluralista moderna inaugura una nueva manera de percibir el problema. Presupone que el "bienestar" es una noción discutible, que se define por una creencia y se basa en valores. Postula la inexistencia de una imagen "objetiva" del bienestar social. Al respecto, ningún gobierno puede imponer una imagen del "bien" en el sentido en que, por ejemplo, cualquier política de impuestos, educación o inmigración responde a una determinada manera de comprender el bienestar

CHANTAL MILLON-DELSOL, profesora de filosofía de la Universidad de Marne La Vallée

* Traducción de Hugo Fazio, profesor del IEPRI.

individual y colectivo. En estas condiciones se asiste a un debate e incluso a un combate entre diferentes imágenes del "bien". Esta disputa se funda en la libertad que encierra: somos libres para elegir nuestra manera de ser felices. De esta manera, el conflicto entre las figuraciones del bienestar sigue siendo el único medio de escapar a la destrucción del individuo por una imagen social que se pretende objetiva.

Si la democracia moderna responde a un ideal de tolerancia frente a las múltiples imágenes de bienestar futuro, estimula un combate cortés y con claras reglas de juego entre estas diferentes imágenes. Hacer política consiste en elegir una figuración de la sociedad próspera en detrimento de las otras. Por ejemplo, el problema de las aglomeraciones urbanas que rodean las grandes ciudades puede dar origen a respuestas diferentes según la imagen que se tiene del bienestar y, por consiguiente, de los valores que se privilegian. Algunos pensarán que se debe indemnizar a los desafortunados, otros que se debe desplazar los barrios suburbanos al campo, los terceros que se debe penalizar a los padres negligentes y los últimos que se requiere expulsar a los inmigrantes. En ningún caso se trata de aplicar medios técnicos para responder a un problema técnico. Son disímiles propuestas que se vinculan con una determinada manera de definir el bienestar social y colectivo y que corresponden a un determinado diagnóstico de la enfermedad social: ¿es el producto de un déficit de igualdad, una mala gestión del territorio, la aglomeración, los problemas educativos o la promiscuidad? En tal sentido, no hay política sin una preferencia de sociedad. Esto quiere decir que sin visión no hay política y que tampoco puede existir la democracia en el sentido contemporáneo sin una pluralidad de visiones, entendido esto último en su doble sentido: la visión es percepción del mundo y es un objetivo como trayectoria de una mirada. Supone una mirada atenta de la intuición y su trayectoria vigilante con respecto al "objetivo". Se trata de comprender el mundo y, al mismo tiempo, a partir

de este entendimiento darle una orientación a la acción. Este vistazo a los problemas sociales no se inscribe necesariamente en una ideología o en una religión. Pero supone una figuración de la existencia deseable, un pensamiento coherente, que se basa en las referencias consideradas esenciales.

Las religiones y las ideologías de las épocas precedentes contenían en grados diversos una imagen del bienestar social a ser mantenido, producido o incluso creado completamente. Estas visiones globales se revelaban usualmente como opresivas, independientemente de si se referían a una religión que detentaba el poder o a una ideología gobernante. Lógicamente la opresión no se manifiesta plena de sentido o devastadora por igual en todas partes. Pero, en comparación con el sistema de la democracia pluralista en el cual una visión social sólo domina negociando con las demás y, por así decirlo, bajo la amenaza de los otros, se trata siempre de una opresión. De aquí se desprende que de estas experiencias hayamos conservado una verdadera aprensión frente a las concepciones del mundo. Las religiones y las ideologías nos han hecho tanto daño que deseamos erradicar todas las visiones generales del "bien" social. Si carecemos de ideales, no es por ausencia de fervor, y si excluimos las imágenes del bien es porque nos han jugado malas pasadas. Nos atemoriza que como resultado de un debate democrático uno de los ideales tome la delantera, con todo lo que esta perspectiva comporta de irrealismo y opresión. Por ejemplo, sospechamos con pavor de los grupos que nos proponen visiones estructuradas con miras a alcanzar al equilibrio de los individuos o la felicidad garantizada. La visión hace a los visionarios... Pero además del hecho de que estos sistemas generalmente maniqueos son el producto de iluminados y que siempre se encuentran tentados por el fanatismo, tenemos otro problema que consiste en que no sabemos exactamente como definir el "bien", pues nuestras referencias se han desvanecido. Esta duda

que se asocia al menosprecio que sentimos por las concepciones del mundo, contribuye a tecnificar la política y a hacer creer que ésta puede pasar por alto las figuraciones del bienestar social.

A este respecto, estamos confundiendo el desvanecimiento comprobado de las grandes ideologías con la desaparición actual y próxima de estas figuraciones plurales en las que se reconoce la democracia pluralista. Para escapar a las ideologías que aterran a la sociedad por la conceptualización de la vida, estamos rechazando cualquier imagen de un futuro mejor y refutamos, por consiguiente, que la política pueda ser un debate entre varias de estas imágenes. Si quien domina por conceptos termina evidentemente quebrantando la realidad que rechaza, nadie puede gobernar, por lo menos en la acepción europea de la política, sin la figuración de una sociedad más anhelada. Además, así como los conflictos entre las concepciones del mundo culminan en guerras internas y en un aniquilamiento de la concordia civil, también puede establecerse un debate honrado entre las diversas figuraciones de una sociedad mejor. Mientras los primeros ocultan las certezas por lo general arbitrarias, los segundos expresan preferencias de valores, capaces de integrar el juicio de la experiencia. Al inventar la democracia pluralista, los europeos quisieron denotar precisamente que la actividad política se refiere a valores inciertos, incluso en casos de supuesta evidencia. Si nos parece de modo evidente que el gobierno exclusivo de una concepción del mundo es el sistema más opresivo imaginable, debemos admitir que el sistema menos opresivo se encuentra en el debate entre las figuraciones plurales y que la supresión de esta pluralidad engendra, contra toda previsión, una opresión larvada.

No es casualidad que veamos surgir en nuestras democracias todo tipo de "partidos" basados no en figuraciones del bienestar social en su conjunto, sino en temas, en valores o en intereses parcelados. Tenemos partidos que reclaman la defensa

del medio ambiente o la protección de la caza y de la pesca, así como en Italia hay un partido del amor y en Polonia un partido de los bebedores de cerveza. De este modo creemos que cada interés categorial, cada problema de la sociedad, puede formar el fundamento de una corriente política que, si no tiene la pretensión de tomar el poder, por lo menos obligará a éste a interesarse en las cuestiones y en los valores que menosprecia. Sin embargo, no es así que una democracia pluralista puede subsistir sanamente o, de modo general, simplemente subsistir. A pesar de su importancia, estos problemas categoriales y limitados no constituyen una visión social ni separadamente ni en conjunto. Ninguno de estos partidos promueve el interés general, el cual responde a los problemas del bienestar en su totalidad. La emergencia de los partidos corporativistas proviene de la gran dificultad en que nos encontramos para forjar una concepción deseable de la existencia en la que se realiza la política. Pero esta desnaturalización de los "partidos" en la vida política democrática no traduce, como podría creerse, una nueva era en la sociedad que finalmente se habría despojado de los sistemas religiosos e ideológicos. Expresa ante todo un retorno a la era de las políticas que pretenden el "bien objetivo", las cuales sólo dejan que aparezcan los conflictos de ideas en torno al problema de los intereses o en temas parcelados. Alude más a un rechazo de la democracia pluralista que a su evolución.

En la historia encontramos una amplia gama de casos de "políticas" sin conflictos, e incluso se puede al respecto decir que nuestro caso constituye una excepción. No nos referimos a los combates por el poder que han caracterizado siempre y en todas partes, en modos y grados diversos, la existencia de la autoridad gobernante: el poder es por supuesto un objeto codiciado y es un problema de luchas sobre el campo de batalla, en los corredores y en las alcobas. Me refiero a los combates entre las concepciones de la sociedad. Los gobiernos conocidos histórica y geográficamente arraigan en general sus

finalidades en una cosmología, una religión, una moral, consideradas como objetivamente verdaderas. La idea que construyen del bienestar individual y social proviene del mismo medio. Esto no quiere decir que ignoren el debate de la sociedad, sino que éste concierne la búsqueda de la solución adecuada para alcanzar fines que son indiscutibles. Cuando los chinos del primer siglo antes de Jesucristo, en el "Discurso sobre la sal y el hierro", debatían sobre lo bien fundado de las nacionalizaciones, no se preguntaban si era la libertad o la igualdad la que hacía a los hombres más dichosos, como lo hacemos nosotros en un debate análogo. Habiendo postulado la radical inmadurez de los individuos y el paternalismo de un príncipe que muestra la voz de la virtud a su pueblo, se preguntaban en cambio si este paternalismo no funcionaría mejor si el príncipe fuera también un gran empresario. Esto alude más un problema técnico que a una cuestión "política". En nuestra época, el pensamiento europeo ha engendrado un cierto número de teorías que, tras la certeza de un "bien" objetivo, se proponen la abolición de los conflictos. En el siglo XX, éste es el caso de la mayor parte de las teorías monarquistas o similares, por ejemplo, la de Maurras, que veía en los debates parlamentarios y partidarios superfluas discusiones, o las próximas a Salazar que utilizaba como consigna política la necesidad de "vivir habitualmente", con lo que se pretendía calificar la desaparición de la política como conflicto entre convicciones. Uno puede estar tentado a pensar que en el transcurso de los períodos precedentes en Europa, la matriz cristiana del poder también engendraba una política de una sola incumbencia. Pero esta impresión debe ser matizada si observamos la propensión de esta religión a crear imágenes del mundo diferentes y contradictorias en la medida en que las comunidades religiosas de la Edad Media inventaron la primera democracia occidental y numerosos grupos "comunistas" surgieron a partir del mismo cristianismo.

En la actualidad, el desarrollo de la representación de los intereses a través de los "partidos" que plantean exigencias sectoriales legitima el gobierno técnico. Pues si los grupos que asaltan el poder no se preocupan por hacer prevalecer una visión general del destino común, admiten implícitamente que la autoridad gobernante se encuentre sola a cargo de la definición del interés general. Este proceso de abandono de las finalidades es facilitado por la suposición de que la política puede identificarse con una ciencia, creencia muy presente en la actualidad, que Hanna Arendt denominaba la tentación platónica, fenómeno identificable a lo largo de toda nuestra historia. Al ser considerada como una técnica, la política avala la desaparición de las visiones del mundo. Los objetivos de la política ya no se establecen a partir de la imagen meditada de una sociedad mejor, representación que unos y otros consideran como referentes esenciales. Los objetivos de la política se enuncian ante todo como "soluciones" de los problemas planteados en este tiempo y lugar. La finalidad de la política no aparece como el resultado de un conflicto entre visiones del mundo, sino como el producto de una reflexión de científicos que buscan la respuesta adecuada a los problemas planteados. ¿Significa esto que las respuestas son evidentes? Obviamente no. Pero su nebulosidad no traduce la confusión ante la verdad de las referencias: descifra solamente las insuficiencias de la inteligencia humana y la complejidad de la realidad social. Si las buenas soluciones no surgen de un golpe, sería en razón de la dificultad de los problemas y no de la incertidumbre de las respuestas. Uno podría suponer que un gobierno compuesto de inteligencias brillantes, asistido por sofisticadas máquinas y capaces aquellas de meter en estas máquinas el conjunto de datos de los problemas políticos del día, descubrirán las soluciones o las respuestas apropiadas.

En este marco, es usual pensar que lo propio de una "buena" política consiste en hacerse olvidar. El ciudadano deja

gobernar a los que saben, los cuales deben regular los problemas sin desplegar sus dificultades en la plaza pública, porque estos son asuntos que atañen a los especialistas. Los conflictos pierden su razón de ser pues se considera que existen las soluciones objetivas, siempre y cuando se confíe la autoridad a aquellos que son capaces de descubrirlas. En la actualidad, se puede elogiar la cortesía que predomina en los debates durante las jornadas electorales. Es cierto que la cordialidad entre contrincantes es una demostración del buen funcionamiento del juego democrático. Pero cuando esta afabilidad no proviene del respeto por la persona sino del consenso sobre las respuestas, debemos ver en ello el signo no de una democracia adulta sino de un gobierno técnico o, mejor dicho, de una democracia atormentada. El ciudadano no se equivoca cuando murmura: "todos son iguales" y su indiferencia en el sufragio no es ajeno a esta decepción.

El rechazo de las visiones del mundo, no obstante, no conduce a la desaparición de las otras corrientes. En un país acostumbrado a la crítica, es natural y legítimo proponer otras figuraciones del bienestar y el gobierno técnico es el blanco de múltiples corrientes que lo rechazan. A pesar de su diversidad, a todas las cataloga bajo la etiqueta de "contestatario". De esta manera quiere denotar la característica común que consiste en no aceptar su llamada neutralidad racional. Con este calificativo también se quiere decir que no se preocupa por escuchar sus argumentos, que juzga de antemano como inaudibles porque sostienen visiones que ya no tienen cabida. Debido a este menosprecio, al rechazo en su pretensión de pensar por fuera de la única racionalidad y a su expulsión al borde de la oficialidad, incluso cuando representan a grupos significativos, estas corrientes se encuentran marginadas y, en consecuencia, bajo un constante asecho por parte del extremismo.

Pero ninguna cuestión política puede jactarse de dar lugar a una sola respuesta. Siempre serán numerosas, de acuerdo con

las referencias que se quiera privilegiar. En realidad, no hay gobierno neutro y, aunque así lo pretenda, el gobierno técnico no es neutro. Al intentar apoderarse de las concepciones de la existencia, no las logra anular. Por lo menos uno puede estar seguro, como nosotros hoy en día, de que los individuos son diversos y sólo pueden adoptar las mismas convicciones bajo la presión o la opresión (Montesquieu escribía "si en un Estado que se da el nombre de República uno percibe a todo el mundo sosegado, se puede estar seguro de que la libertad no existe"). Cuando se postulan respuestas evidentes sin debate, se cede a la intolerancia. Esto es lo que le ocurre al gobierno técnico contemporáneo que finalmente representa la enésima expresión del mito platónico de la unidad de los espíritus. El fundamento no sólo de la democracia, sino de la "política" en el sentido griego y europeo, consiste en esta certeza de que en toda sociedad la diversidad es la realidad irreductible y la unidad es siempre el artificio. La diversidad no se puede respetar sin combate. Es por ello que la democracia se traza como objetivo enmarcar, domesticar e institucionalizar los combates en lugar de intentar disolverlos artificialmente.

Es de esta manera como el gobierno técnico camufla su verdadera identidad, pues bajo el ropaje de la ciencia, privilegia en realidad una concepción del mundo que considera a las demás anticuadas y superfluas. No es que pretenda engañar sino que simplemente es víctima de su ignorancia. Toda acción política, incluso cuando se justifica, es una elección. Incluso sin saberlo, toda preferencia conlleva a la concretización de algunas referencias. No hay necesidad de nombrar ni de esgrimir referencias para defenderlas, pues cualquier realización personal o social hace valer algunas referencias en detrimento de otras. Una sociedad tradicional que sin afirmar alto y fuerte la verdad de alguna concepción del mundo, impone por consenso el respeto de la familia comunitaria, sin saberlo se basa en los valores de autoridad y responsabilidad en detrimento de la

libertad personal y la igualdad. De modo análogo, el gobierno técnico contemporáneo que no pretende imponer ningún valor y que simplemente aspira a actuar en función de su conocimiento de la realidad, sin saberlo defiende una concepción del mundo, la de la ideología de quien piensa de acuerdo al orden establecido. La tecno-política que pretende dar la solución neutra al problema político y social, aporta en realidad una respuesta particular que depende de una visión oculta del mundo. En otras palabras, con el pretexto del conocimiento técnico, el gobierno técnico reemplaza las visiones de la sociedad para dirigirlos y concretiza sus referencias pretendiendo alcanzar la objetividad.

A pesar de los discursos y las apariencias, la tecno-política, correlacionada a la representación de los intereses, es, por consiguiente, una política sin tolerancia. Quien pretenda pensar por fuera del consenso es expulsado a las tinieblas exteriores y tachado de contestatario. ¿Cómo puede una democracia designar así a las corrientes cuando en principio es el pluralismo el que legitima su existencia? Conviene señalar que se les trata pero no se les define como contestatarios. Incómodo parecido, incluso con amabilidad y dulzura, cuando se les define como *hooligans* o dementes en los regímenes de pensamiento único. A quien intente oponerse al consenso se le ridiculiza y se le tilda de fascista u oscurantista. A diferencia de lo que generalmente se cree, el combate entre las visiones del mundo no se ha apagado sino que ha sido prohibido.

Todos saben que la democracia pluralista implica un debate entre convicciones plurales y como el gobierno técnico quiere conservar su espíritu democrático, siempre pretende actuar en nombre de sus convicciones. Por lo demás, en todas partes subsisten representaciones sociales que corresponden en general al antiguo orden, como el liberalismo o el socialismo, y que emergen muy claramente tras el velo del consenso. Pero se trata menos de repre-

sentaciones estructuradas que de ideas fragmentarias de las que no reconocen fundamentos o no se atreven a esclarecerlos, no se remiten a referencias claras por temor a tener que encontrarse en una representación estructurada que ya no existe o que da miedo. Es el caso, por ejemplo, del discurso sobre la preferencia francesa por el desempleo, que comprometería una defensa de la responsabilidad individual, o del discurso sobre la disminución del tiempo de trabajo sin reducción de salario, que nos conduciría al socialismo real, o de la protección de la familia, tema agitado por la derecha que comporta una defensa de los vínculos sociales y una denigración del individualismo contemporáneo.

De esta manera estas convicciones que permanecen por lo general ocultas y en un estado latente o en una situación de generalidades, ceden su lugar a otros conflictos que se articulan en torno a otros pilares. Cuando las concepciones del mundo, se anulan sin llegar a desaparecer, se expresan con gran fuerza los conflictos de intereses y de ambiciones personales en el círculo del poder. En este sentido, la política democrática contemporánea cede imperceptiblemente el lugar a un "gobierno" que, como numerosas veces ha conocido la historia, ignora las finalidades diferentes a las suyas y lleva a cabo sus combates sólo en torno al problema de las posiciones y las carreras.

La tecno-política, por su pretensión de neutralidad, despoja subrepticamente todo debate sobre las respuestas y por su anhelo de certeza margina muchas otras respuestas, algunas de las cuales podrían revelarse como mejores. Así, esta política sin visión del mundo permanece amputada y tuerta pues se priva de la mirada múltiple e interrogadora que se erige sobre todas las concepciones controvertibles y renuncia también a la capacidad de inventar un futuro mejor.

Si nos encontramos en esta situación no es porque el hombre contemporáneo no tenga esperanzas ni anhele una sociedad mejor. Tampoco porque sea cínico

o indiferente. Sólo puede expresar esta expectativa con la más elemental, simple y natural imagen del bien. Desea la paz, la justicia o la libertad. Está animado por las más elementales referencias de la moral "natural" que resurge en medio de los desastres, por la fundamental aspiración humana de no deber nada a nadie y argumenta todo el resto sin encontrar justificación: la aspiración a la unidad y su correlativo rechazo de la separación. Intuitivamente goza lo que él desea para sí y para su mundo, pero no sabe trazar la imagen de lo que desea y tampoco sabe representarla. Puede bosquejar muy bien las representaciones del mal y describir todas las formas de sociedad que de ninguna manera desea. Pero especificar de antemano la sociedad deseada lo comprometería a la vez a reinventar concepciones globales de las que sabe con antelación la fatuidad y el peligro, designar referencias y defender sus fundamentos, conferir a su propia acción una lógica donde se perdería su libertad errante.

El abandono de las concepciones de la existencia en el universo político responde a la pérdida general del sentido. Aquí, al igual que en la vida personal, los objetivos sustituyen a las finalidades y las metas a las significaciones. Sólo las concepciones de la existencia tienen un sentido, pues se refieren a valores designados. Por el contrario, los objetivos no indican nada: responden a necesidades de corto plazo y no se proponen el bienestar de una sociedad en su totalidad ni en el largo plazo. Esta política que no designa nada, ¿no aspira a cambiar el mundo? Quizás porque ya no cree, debido a que sus recientes intentos fracasaron y, paradójicamente, porque tiene la impresión de no poder hacerlo mejor y porque sólo

podría avanzar en un sentido regresivo. Un escepticismo invade la política. Pero, puede decirse que sólo al intelectual le cabe darse el lujo de ser escéptico. Por el contrario, cuando la duda se encuentra en la acción, la gangrena, pues aquella está concebida para vivir en el pensamiento. La pregunta ¿para quién es bueno? paraliza por lo general el accionar. De manera generalizada y durable, constriñe la acción a correr sin finalidades y a presumir que no requiere de ellas. Es la decadencia de uno de los productos más brillantes de nuestra cultura: la política de la convicción, vinculada al pluralismo de las representaciones sociales. Quien quiere convencer desea vencer con el argumento porque estima que su manera de ver las cosas es más justa y legítima. Es porque no hay forma de vencer a nadie que nuestro contemporáneo no protesta por la política técnica.

Esta hipócrita sustitución de la representación de los intereses por la representación de las opiniones marca una evolución de la cual quizás no hemos terminado de ver los avances. Se tiene el sentimiento de que nuestro contemporáneo cansado de los planes maravillosos y de la regeneración social, se refugia en el grupo cercano en el cual podrá por lo menos defender sus intereses visibles. Se identifica con la causa de las mujeres, de los amantes de la naturaleza y de los titulares de las profesiones amenazadas. Refugio caluroso donde, por lo menos, los resultados cosechados pesan y cuentan. En otras palabras, el ciudadano se arraiga en lo doméstico mientras el gobierno hace la economía, en el sentido antiguo de la administración de dominio. En síntesis, es la política y más precisamente la democracia pluralista la que languidece.